

La perspectiva del sistema educacional respecto a la violencia infanto - juvenil

Prof. Mónica Llaña¹

Esta presentación se apoya en los resultados de una investigación sobre conflictos y resistencia escolar, producto de una vieja inquietud y de exploraciones realizadas en varios establecimientos educacionales del área metropolitana, donde se detectaron pandillas que expresaban un grado bastante alto de violencia en su interior y afectaban el funcionamiento de la institución de manera bastante significativa. A raíz de esas experiencias hemos elaborado un proyecto de investigación cuyos resultados se los sintetizo; corresponden a una primera etapa, está en desarrollo, hemos iniciado la segunda que correspondería en realidad al diseño de algunos modelos de intervención para encarar el quiebre que existe, en el establecimiento estudiado al menos, entre los discursos y las acciones de profesores y alumnos.

El estudio ha sido enmarcado dentro del ámbito de la sociología comprensiva, es decir, nos interesaba buscar el sentido, las significaciones que los actores, profesores, alumnos y paradocentes, otorgaban a la situación de la cotidianeidad escolar. Desde esa perspectiva voy a entregar la visión de los actores.

Partimos del supuesto que la escuela contemporánea se ve desbordada por una escuela paralela, la de los medios, en especial los medios de comunicación de masa, es decir, son invadidas por la cultura de la juventud, cultura de la cual los docentes son absolutamente ajenos. Los actores, profesores y alumnos, interpretan su situación subjetivamente, es decir su acción en la institución escolar tiene un sentido, sentido que implica una tipificación del mundo del sentido común, es decir, la manera concreta en que los hombres interpretan en la vida diaria su propia conducta y las demás.

Ellos no cuestionan la realidad de este mundo, y es más, presuponen la intersubjetividad como cualidad obvia del mundo, en que se interactúa con contemporáneos a quienes se conoce mediante las tipificaciones. Tanto profesores como alumnos se tipifican recíprocamente, pero como dije antes de manera absolutamente antinómica. Por lo tanto, no es posible a nuestro juicio, iniciar una lectura profunda de la cultura escolar enmarcada en la cotidianeidad de la institución sin incursionar en el mundo intersubjetivo, centro de acciones, centro de resistencias, centro de interpretaciones que se realiza según distintas perspectivas, según intereses, según motivaciones, según motivaciones ideológicas, según creencias. En síntesis construcciones significativas en relación a la vida cotidiana de la escuela, pero que inciden en la acción y que inciden en la efectividad, y lo que a nosotros nos preocupaba a la efectividad de los cambios propuestos por la reforma en marcha realidad que es el punto de quiebre más significativo.

Situar a profesores y estudiantes en la vida cotidiana de la escuela, constituía a nuestro juicio, una dimensión importante para comprender sus prácticas y discursos, intentando desentrañar su condición en la estructura social. Era imprescindible, conocer la articulación de esos pensamientos, significaciones, actitudes en un contexto físico e institucional arcaico, tradicional, con una estricta segmentación de roles y funciones, sanciones y legitimaciones, articulaciones que influyen en las interacciones sociales y que conforman el sustrato básico para las interpretaciones que los actores realizan. Interpretaciones antinómicas, que no se tocan en ningún momento.

¹ Departamento de Educación, Universidad de Chile

En este ámbito, las mentalidades cotidianas están estructuradas por hábitos lingüísticos y sociales, en tanto verdaderos esquemas generadores de prácticas, de percepción de esas prácticas y que inciden en estilos de vida en cuanto a formación y variaciones de las conductas. Por lo tanto, se hace necesario, empezando por ejemplo por los estudiantes, dejar de enfocar de manera simplista estas representaciones. Una forma de abordar la situación de los jóvenes podría ser, a partir del “gusto”, como para enfocar sus representaciones en el ámbito de su cultura preguntarse por ejemplo que significación tiene el “gusto” en la vida escolar. El “gusto” unifica, refuerza identidades, congrega a quienes comparten preferencias, los separa de los otros, lo viejos, los adultos, les permite probar y probarse, reafirmar una posición dentro de sus pares. La posesión de ciertos bienes proporciona ventajas, sus preferencias el largo, color del cabello, el uso de aros, tatuajes, collares, conforman una estética juvenil muy extendida en el sistema escolar, pero que es disonante al adulto y detonante de muchas de las formas de resistencia observadas en la escuela.

Por lo tanto, el habitus de los jóvenes, cómo visten, los pantalones anchos, las zapatillas, los polerones; lo que comen y lo que beben, la comida chatarra, cerveza, el vino en caja, su lenguaje “el piola”, “el cachai”, “el bacán”, sus ídolos los futbolistas, los tenistas, los actores, las actrices de televisión; en suma, todas aquellas actividades prácticas que orientan sus relaciones, su posición en el mundo social, su condición etérea, su género, todo aquello que es producto de la internalización de la estructura del mundo social, plantea una difícil oposición entre la cultura de la juventud y la cultura escolar. Yo creo que ahí hay una posible explicación de los problemas de violencia y de conductas de resistencia que estamos observando en la escuela. Son mundos disociados, mundos paralelos entre jóvenes que no se conforman a las normas estrictamente y a una cultura tradicional rigidizada. Por ejemplo, textualmente un joven dice: “la juventud de ahora es diferente a como era ocho años atrás, entonces el reglamento no puede ser el mismo, saben nosotros tenemos opiniones y por eso nos anotan, cualquier tipo de decisión que consulten a los alumnos, que nos consulten, no porque seamos jóvenes no vamos a tener opinión política, yo tengo opinión política”. Entonces, esto ¿qué significa? Que en el plano simbólico se autoperceben diferentes a los jóvenes de otros tiempos, poseedores de

opinión propia y por lo tanto con derecho a ser consultados, tomados en cuenta. Al valorar simbólicamente su autonomía y participación generan un espacio de libertad, en duro contraste por ejemplo con la afirmación referida a los profesores “tienen como más poder, ellos tienen más poder, no sé yo pienso así, tienen como una autoridad de no sé, de mandarte, de decirte las cosas y a veces son cosas dolorosas”. Esto enunciados presentan un orden que los sobrepasa, en palabras que son portadoras de significado, interpretaciones del poder de los otros, poder que asfixia y oprime, algunos de ellos dicen “estoy ahogado, atrapado, pasado a llevar”.

En el espacio simbólico construido por los jóvenes se escurre la rabia hacia el otro encaminado no sólo en el otro más próximo, los profesores sino que también los adultos, en última instancia la sociedad adulta, textualmente dicen, “a mi me da rabia porque no estoy estudiando para ser menos que ellos, yo estoy estudiando para ser mucho más que ellos, por que al final una vez a una persona le dije, yo estoy estudiando para ser mejor que tú”. Señala otro: “yo no lo estoy refiriendo a que nosotros nos vamos a vengar de todo lo que nos hicieron a nosotros, sino que a lo que me refiero es que ellos no piensan que con sus actitudes crean mala onda, se podría decir, o sea, que con las actitudes de rechazarte, de decir que los jóvenes son aquí y son allá, están creando mala onda, cuando nosotros seamos adultos y empecemos a trabajar y seamos parte activa del país, no sé que va a pasar”. Entonces, hay un contenido representacional en que el yo identificado en el discurso conforma un campo de significaciones, la “mala onda”, que los otros, no ellos, generan, lo que explicaría su rechazo y una anticipación al futuro en que los papeles se van a invertir. El drama existencial en que estos sujetos están inmersos, guarda un inquietante potencial de rebeldía, como dice un profesor “hay en ellos escondidas muchas cosas que de repente pueden estallar”.

En suma, los jóvenes resienten el autoritarismo que se filtra por todos los espacios, dirección, equipo directivo, profesores, paradocentes, su relato es de personas estigmatizadas, discriminadas, marginadas en relación al resto de la sociedad. Piden que los escuchen que “los pesquen”, que respeten su forma de ser. En un estado de indefensión ante el mundo, las probabilidades imaginarias de cambio se abren para algunos, no para la mayoría “yo pienso que para nosotros ya no hay solución cerrando

todas las esperanzas”. Aunque también expresan “no puedes decir que toda la cultura de Chile, Chile nuestro país no necesita de nosotros los jóvenes, de los que vamos a ser adultos, que vamos a ser los que vamos a mandar”, “los mejores personajes del mundo son gente del pueblo, son gente que sufre la realidad de la vida y que sabe surgir de allí, no es como la gente que tiene plata y que no les cuesta, y que tiene para hacer las cosas”.

Estos jóvenes interpretan acontecimientos y experiencias que ubican social e históricamente, evocando una problemática que es insertada en un campo social y simbólico, la exclusión social. Sin embargo, su discurso presenta una valoración de quienes carecen de medios económicos y que a partir de allí pueden surgir, a diferencia de quienes por su status no tienen necesidad, lo que permitiría obtener lo que desean. Hay una representación social que supera la escala micro, a nuestro juicio, se sugiere una estructura ideológica, una condensación significativa de esperanza y confianza en las propias fuerzas, a pesar de autoperibirse como parte de un grupo etéreo bajo sospecha, a pesar de ambivalencias y paradojas.

El principal sentido de estos discursos quizás esté dado por la aguda percepción de la realidad que los circunda y sus concretas proposiciones de cambio en el mundo de la educación y al respecto, a mi me gustaría subrayar esto último, son discursos a nuestro juicio muy coherentes. Un joven dice, “para mi la educación chilena es que no hacen pensar, en Chile la educación es un plan de estudios, el profesor lo realiza y bueno el que lo aprendió, lo aprendió”, “un ejercicio - dice otro- se resuelve pensando, no se resuelve acordándose de la fórmula de matemática para hacerlo, eso es lo que le falta, le falta onda a la educación chilena, pa’ mi porque la cultura en general se puede aprender hay formas, mil formas, o sea tiene que desarrollar la creatividad de los alumnos”. Y demandan igualdad de oportunidades “la educación chilena es para educar, educar significa darle la oportunidad a una persona para que sea lo que quiere ser”. Fijense en este discurso de jóvenes de primero, segundo año de enseñanza media de un colegio marginal de la comuna de Santiago, conscientes de que el problema parte formando profesores de buen nivel, respetándoles como profesionales, valorándolos socialmente, “el problema es que para mejorar Chile se empieza por formar profesores, personas que estudian una carrera, que educan a cuarenta niños,

o sea profesores”, “sonará feo pero si mejoraran los salarios de los profesores muchos más se incentivarían por seguir esta carrera”. Hay muchos otros testimonios en el mismo sentido que están mostrando un discurso muy lúcido, de cómo a juicio de ellos debería ser la educación, “este tipo de colegio -se refieren a los colegios municipalizados- deberían preocuparse más de la educación para que surjan estas personas porque ellas representan el pueblo del futuro”.

Observen ustedes que las imágenes que cruzan estos discursos presentan visiones opuestas y antagónicas, en cierta medida de la realidad de estos jóvenes. Al confrontar la falta de esperanza, la rebeldía, pero también la interpretación bastante coherente de una situación que los desborda y proponen cambiar, vemos que las tensiones que se incuban tienen que ver con estilos de vida y las expectativas que los enmarca en términos de generación y status social. Ahora si consideramos que toda experiencia humana se ve alterada por el impacto de las múltiples interacciones sociales, en especial las relaciones con la familia y con la escuela, podemos inferir que ellos se autoperiben en la situación ambivalente de ocupar una posición inferior, pero en un mundo de privilegiado acceso, la educación. Es decir, están en un mundo de acceso privilegiado pero en una situación de inferioridad, experiencia que desde nuestra opinión es dolorosa, porque desde ese mundo perciben su desmedrada posición en un universo que tiene una alta significación en la sociedad global. Sería ésta una expresión de la pequeña miseria que se ha multiplicado en la sociedad contemporánea.

Lo último, brevemente el discurso de los profesores. En general, el discurso de los profesores es extremadamente tradicional y ambivalente, hay fuertes dosis de desesperanza en él, hay mucho resentimiento y lo que es más grave a nuestro juicio, resistencia a los cambios, pensando siempre en una reforma teóricamente bastante audaz en la teoría, pero intentamos captar entonces los discursos.

El poder, ellos se sienten poseedores del poder, el poder que arroga el derecho a comunicar una verdad objetiva al otro los lleva a estigmatizar a estos alumnos, “no vale la pena sacrificar energía por ellos”, “tienen tantos problemas, vienen de hogares mal constituidos, muchas madres son asesoras del hogar no se interesan por la educación de sus hijos. “Observen la relación causal entre ser asesora del hogar y no interesarse. Es preocupante el dis-

curso porque la verdad es que no tiene un asidero científico riguroso, sino que es parte de una tipificación, es una estigmatización. También los profesores reconocen que les cuesta aceptar y enfrentar los cambios, el ejercicio tradicional tiende a rigidizarlos y encapsularlos en su quehacer, toda su experiencia, su acción profesional se enmarca en el conocimiento común y en la experiencia cotidiana. Aquí hay un problema que compete a la educación, que es todo el problema de la formación de profesores que se vio interrumpido por tantos años, donde la verdad, es que ahora se están viendo muchas de esas consecuencias, no se han formado profesionales científicos, hay un quiebre del rol profesional del profesor, lo que explicaría estos discursos. No puede ser que un profesor que es científico de la educación en el umbral del próximo siglo, del próximo milenio tenga este discurso tan tradicional, sea reacio a los cambios y estigmatice de esta manera a los estudiantes.

Nosotros pensamos que el nudo tensional más profundo en estos discursos es un profesor que deja decir, acepta la autoridad formalmente pero no la acata, en otras palabras no expresa sus opiniones libremente, no dice lo que piensa, firme su máscara sobre su cara. Tal vez mire bajo de la máscara y la simulación sea una forma de autenticidad para él, la verdad es que la situación del profesor diría yo, no quiero generalizar, este es un estudio en un colegio con características muy especiales, es una situación realmente complejísima.

A pesar de su experiencia los profesores al igual los alumnos construyen un sentido a partir de esta urdimbre compleja de relaciones interpersonales en la escuela. Se produce una articulación entre sus modos de vida y la institución, lo vivido, las actitudes, representaciones y valores a nivel individual y el sistema que es autoritario jerárquico, piramidal y tradicional.

En este espacio se producen estas tipificaciones, no voy a profundizar mucho en ella, pero en general los profesores tipifican a los estudiantes como agresivos, irresponsables, desordenados, conflictivos, sin hábitos de estudio, y a si mismos como exigentes, preocupados, dedicados, comprometidos. Entonces, observen que son tipificaciones realmente opuestas. Ahora, los profesores son tipificados por los alumnos como alterados, este último indicador es realmente horrible, pero aparece en forma reiterada en los discursos.

Nosotros trabajamos con grupos de discusión,

organizamos alrededor de seis grupos de discusión, además de entrevistas grupales, entrevistas en profundidad, la verdad es que las tipificaciones se construyeron, justamente en relación a estas categorías de mayor recurrencia. No voy a leer la tipificación de los paradoscentes porque es terrible, pero en el fondo se estarían insertando en el mundo simbólico de la escuela, estas tipificaciones que representan configuraciones congeladas, en las cuales se ocultarían a nuestro juicio tras un sin fin de velos múltiples nudos de tensión, envueltos en una cierta estructura interna generadora de una especie de condensación de significados en la cual se destacan valoraciones muy negativas, que podrían sintetizarse en desorden, conflicto y cierre de expectativas.

Finalmente y a manera de síntesis, nosotros pensamos que se observa en el colegio estudiado, les repito un colegio municipalizado, polivalente, acceden a él alumnos de nivel socioeconómico bajo, estereotipos, esquemas tipificadores apoyados en una percepción selectiva de los actores. Ahora si nosotros entendemos que la acción social de la escuela constituiría una respuesta activa a situaciones definidas estructuralmente que a su vez tiene consecuencias en las mismas estructuras, la acción de estos actores, sus percepciones y tipificaciones realmente obligaría a reformular la acción educativa en ciertos establecimientos.

Para terminar, voy a entregar una muy breve síntesis de ambos actores principales, tanto estudiantes como profesores. Los jóvenes del estudio viven en diferentes planos, una mezcla de sumisión a la cultura de masas de consumo y de repliegue sobre su vida privada y de pares. En una sociedad globalizada e inestable, las relaciones sociales se despegan de sus contextos físicos, se enmarcan en intercambios simbólicos y las nuevas generaciones se van socializando rápidamente en es nueva realidad. Estas cambiantes estructuras constituyen la base para las representaciones que ellos hacen de la realidad y en ese nivel de escuela conforman un espacio casi arcaico. El sistema educativo en el que participan tiene una lógica específica, actualmente un tipo de mercado competitivo en el que se emplean y despliegan varios tipos de capital económico, cultural y simbólico, enmarcados en una lógica que presenta también una rigidez estructural casi anacrónica. Por lo tanto, en ese marco nosotros deberíamos analizar sus códigos de conducta, sus solidaridades, ellos se protegen, no se delatan, tienen una cohesión interna muy alta, sus prácticas son

ideadas en el sistema y también sus rencores, sus frustraciones. Aunque se sienten estigmatizados y no dignos de confianza, a pesar de vacíos y ambigüedades, viven su vida cotidiana en la escuela protegidos por los grupos de onda, grupos de pares, nosotros no encontramos pandillas, pero si encontramos los grupos de onda, como decía el profesor Salazar tal vez los raperos sean uno de estos grupo de onda, no hemos detectados raperos, pero si grupos que se adscriben a ciertas preferencias musicales.

Pero básicamente, ¿cuál es una de nuestras conclusiones previas en esta primera etapa de la investigación? que en la escuela se gesta oculta a la mirada de sus autoridades un mundo subterráneo, una cultura de jóvenes que hablan su propio lenguaje, inventan códigos cripticos sólo para iniciados, consumen drogas, música y carretean, participando de un universo infinitamente distante del significado que le otorgan profesores y sus propios padres. Un mundo que no origina rebelión, por lo menos en el estudiado, sino más bien una transgresión parcial que los lleva a construir su propio mundo y apartarse de la educación formal que los ahoga. A través de múltiples formas de resistencia tratan de manejar el sistema utilizándolo de manera no prescrita reglamentariamente. Los seres humanos tienen una inventiva inagotable para evadir, para resistir y subvertir al sistema de control más rígido, los jóvenes del estudio muestran un conocimiento cabal de la institución, conocimiento que los lleva a idear formas de manipulación para sus propios fines en un escenario precario e impredecible, la escuela.

Quiero terminar con una breve referencia a los profesores, un poco porque creo que también ahí

hay que seguir investigando, hay que seguir profundizando en esa realidad. Los profesores, los de este establecimiento, al menos ejercen una acción profesional múltiple y agotadora, dictan clases en varios colegios, hasta tarde en jornadas dobles y a veces triples, en cursos de más de cuarenta alumnos viven agobiados, sin tiempo para perfeccionarse y estar a la altura de los cambios, estresados, sin poder dedicarse plenamente a actividades personales y familiares. Encerrados en sus conocimientos cristalizados presentan un discurso, con excepciones, cruzado por conflictos e insatisfacciones. Sus representaciones de la realidad tipificadas en densos estereotipos, la pregunta viene ahora ¿les ayudarán a abordar los cambios exigidos por la reforma del próximo milenio? ¿podrán superar las paradojas que constituyen los ejes de su acción?, ¿qué significado tiene sentirse ejerciendo un rol social importante, pero con temores múltiples?, ¿qué significa el temor a jóvenes que escapan a cualquier control, a pares en quienes no se confía, a directivos que pueden caducar un contrato, a la autoridad que exige responder potencialmente a los cambios? Difícil ejercicio, que se traduce en resistencia subterránea, en oposición a iniciativas y transformaciones, en un silencio que es mensaje de rechazo y desesperanza. Nadie discute que la escuela es fundamental en la democratización de la sociedad, que su responsabilidad histórica es preparar a las nuevas generaciones para vivir activamente el cambio, ¿cómo entonces consolidar la utopía de la educación, si sus actores principales viven alienados por precarias condiciones laborales sosteniendo a duras penas su dignidad?, ¿cómo llevarlos a que como profesionales enfrenten críticamente los supuestos de sentido en que las ideas parecen evidentes por si mismas?.

Comentarios Prof. Juana Kovalskys

La profesora Llañas me comenta que el quehacer educacional constituye una realidad muy dura. Pienso que el conflicto emerge cuando el pensamiento se bloquea y la palabra no lo refleja. El desafío es comprender porque sucede así. A primera vista parecería que el ámbito de las víctimas de la represión política y el ámbito educacional y sus respectivos, no tienen nada en común. Pienso en que el desafío consiste precisamente en desentrañar que es lo que hay de común en la violencia que circula entre sujetos, contextos y cronologías diferentes.